

RESUMEN:

El presente trabajo pretende dar cuentas, desde algunos referentes de la Filosofía y los Estudios Culturales, de una administración funcionalista y tecnocrática del espacio y los objetos a partir de la modernidad arquitectónica. Administración que suprime el simbolismo del espacio premoderno constituido de presencias singulares, muebles y habitaciones con cierta autonomía, no asimilables a una coherencia de conjunto, de relaciones y remisiones formales, materiales y funcionales.

La noción de técnica moderna puede ser entendida como una manera de conjugar por un lado, el espacio, los objetos en él situados y las relaciones de producción que ellos posibilitan, y por el otro, los vínculos entre las disciplinas que la producen: Arquitectura y Diseño Industrial.

La operación fundamental de la técnica moderna es la de poner a <disposición> en ciertos procesos las energías de la naturaleza y las energías de las fuerzas productivas dadas en las relaciones de producción capitalistas. La esencia de la técnica (M. Heidegger) es un proceso que determina una estructura o <andamiaje> de lugares precisos y estables en <disposición>, la "Gestell". Lo real es así develado en la técnica moderna como "fondo fijo acumulado" y no como objeto/ máquina. Lo que domina esta concepción no es entonces el carácter técnico de los objetos como medios o instrumentos para ciertos fines, sino una manera de "develar" como transformación y organización de lo real, lo sin-objeto de una existencia en movimiento. Esta teoría esencialista/metafísica concibe la conjunción de poder y técnica como <disponibilidad> y define así el marco material de la cotidianeidad en esta estructura de posicionamientos y de remisión mutua entre los lugares de este proceso, la -planta- arquitectónica lo expresa con precisión a la manera de una línea de montaje. El sistema espacial y objetual, que es un modo técnico de la cultura, se disuelve en lo in-objetual de un mundo sin objetos, es decir, en los procesos de acumulación y transformación (posibles por este <andamiaje> de lugares precisos) que no son otra cosa que las relaciones de producción en el trabajo y en el hacer cotidiano. Para ello tanto el espacio como los objetos técnicos que contiene se constituyen como artefactos del <disponer>, del poner a disposición y regular las fuerzas y los cuerpos. A un modo de producción y acumulación propio de los sistemas técnicos en expansión (espaciales y objetuales) le corresponde un modo visual expansivo a través del brillo de la superficie del objeto moderno, su ausencia en su reflejo expresa el carácter in-objetual que da lugar a los procesos más que a los objetos. A la forma funcional le corresponde una materia funcional. El brillo como <color eterno> oculta al objeto, su duración y finitud (el objeto es siempre nuevo), al mismo tiempo que manifiesta el propio proceso de disponibilidad y acumulación en su infinitud y expansión, su condición es la falsificación de la corporeidad del propio objeto (la variedad de colores, texturas) así también como su funcionalidad específica (sus mecanismos) para representar la funcionalidad abstracta y genérica del <disponer>.

La funcionalidad como <disposición>

El presente trabajo pretende dar cuentas, desde algunos referentes de la Filosofía y los Estudios Culturales, de una administración funcionalista y tecnocrática del espacio y los objetos a partir de la modernidad arquitectónica. Administración que suprime el simbolismo del espacio premoderno constituido de presencias singulares, muebles y habitaciones con cierta autonomía, no asimilables a una coherencia de conjunto, de relaciones y remisiones formales, materiales y funcionales.

La noción de técnica moderna puede ser entendida entonces como una manera de relacionar por un lado, el espacio, los objetos cotidianos en él situados y las relaciones de producción, de trabajo y del hacer en general que ellos posibilitan, y por el otro, los vínculos entre las disciplinas que la producen: Arquitectura y Diseño Industrial.

La operación fundamental de la técnica moderna es la de poner a <disposición> ilimitadamente, y en ciertos procesos, las energías de la naturaleza y las energías de las fuerzas productivas dadas en las relaciones de producción capitalistas. En este sentido artificio y naturaleza no pueden distinguirse, se consuman en un mismo proceso.

Para Martin Heidegger "El develar [Entbergen], que domina a la técnica moderna, tiene el carácter del interpelar [Stellen] en el sentido de la provocación [Herausforderung]. Esto sucede porque la energía oculta de la naturaleza es liberada, lo liberado es transformado, lo transformado es acumulado, lo acumulado es nuevamente dividido y lo dividido es nuevamente conminado. Liberar, transformar, acumular, dividir, conminar, son modalidades del develar" (Heidegger, 59). De esta manera la esen-

cia de la técnica es un proceso que determina una estructura o andamiaje de lugares precisos y estables en <disposición>, la "Gestell" como destino para Heidegger. Lo real es así develado en la técnica moderna como "fondo fijo acumulado" y no como objeto/ máquina. Lo que domina esta concepción no es entonces el carácter técnico de los objetos como medios o instrumentos para ciertos fines, sino una manera de "develar" como transformación y organización de lo real, lo sin- objeto de una existencia en movimiento. "Ya cuando decimos <las cuestiones de la casa> [Hauswesen], <los asuntos del estado> [Staatwesen], mentamos no la generalidad de un género, sino la manera cómo la casa y el estado imperan, se administran, se desarrollan y parecen. Es la manera como ellos "serean" [Wesen]." (Heidegger, 65). Lo que se describe es un modo de acción técnica propio de la técnica moderna vista en términos de "provocación" e "interpelación" como modo de producción de lo real (artificio y naturaleza), estructura en la cual el hombre está inserto y provocado a provocar, una acción técnica de control y dominación sobre la naturaleza y sobre los hombres. Lo que cuestiona esta concepción esencialista es una forma de representación que lleva a una forma de relación y dominación de las cosas, la naturaleza y el trabajo humano vistos como un conjunto de fuerzas calculables o pre- calculables propio de la ciencia y la técnica moderna. Si prescindimos de la concepción instrumental que postula la técnica como algo neutral que puede servir a diversos fines, el problema de la técnica se vuelve político, devela lo real como una escena de lucha, de poder y dominación. Si la naturaleza para Heidegger es el principal reservorio del fondo fijo de energía acumulada a disponer para los procesos técnicos de transfor-

mación, las fuerzas de producción entran en igual relación con este fondo fijo o instalación que es en sí la determinación técnica del mundo en su totalidad, natural y humano. El mundo objetual se define desde "lo técnico" (concepción instrumental) como una simple disposición de medios y fines, lugar de las máquinas y artefactos técnicos. Lo in-objetual es esta manera de poner a disposición y acumular una determinada fuerza de transformación, lo que implica la desaparición del objeto en sí, su consumación, y el hombre incluido en ello como mera cosa. Esta teoría esencialista concibe la conjunción de poder y técnica como <disponibilidad> y define así el marco material de la cotidianidad en esta estructura de posicionamientos y de remisión mutua entre los lugares de proceso, a lo cual refiero como funcionalidad.

Desde el par dialéctico "Tácticas y estrategias" de De Certeau el poder estratégico ve al mundo como disponibilidad y eficiencia, fundado sobre la base de que la técnica, como operatoria del poder, es autónoma de las orientaciones de las prácticas humanas. "[...] el orden técnico es más que una suma de herramientas y que de hecho estructura al mundo al margen de las intenciones de los usuarios. Al elegir nuestra tecnología nos convertimos en lo que somos, lo que a su vez modela nuestras futuras decisiones." (Feenberg, 12). La técnica así naturalizada sería una "autonomía operacional" (Feenberg, 13) del poder a través de su modo de instalación técnica que prescinde de los intereses de los "subordinados" y de la comunidad. La teoría crítica de Feenberg frente a la concepción esencialista de Heidegger recupera el concepto de "Tácticas", como un modo de apropiación y de uso de los objetos técnicos y de resistencias a las conminaciones estratégicas. Es-

tas tácticas o ardidés de lo particular, los "cazadores furtivos" de De Certeau, que se manifiestan en la manera de alterar el modo de uso de lo preestablecido por las configuraciones estratégicas, da cuenta de la opacidad propia de la vida cotidiana no del todo moldeable a la racionalidad y administración técnica del poder. "La teoría crítica reconoce esa parte del actor humano que desborda cualquier participación en una red particular y provee una base para criticar la construcción de redes. Estas capacidades permiten a los humanos representar las redes en las cuales ellos "emergen" y medirlas en comparación con las potencialidades no realizadas identificadas en el pensamiento." (Feenberg, 24). La consideración de las potencialidades humanas como reservorio transformador quizás poco podrían proveer a la reflexión para una manera diferente de experiencia con las cosas y con los otros dado que, como el mismo Feenberg afirma, la experiencia moderna de la técnica está anclada en las estructuras de la vida cotidiana y determinadas por una cultura de la pasividad y la dependencia. "Los acuerdos técnicos instituyen un <mundo> en el sentido de Heidegger, un marco dentro del cual se generan prácticas y se ordenan percepciones". (Feenberg, 24). La capacidad reflexiva dada por la capacidad de auto-representación de un sujeto no posee la distancia para constituirse de esa manera, y si pudiese quizás sería relativamente escasa para reconfigurar los sistemas técnicos, es decir el propio mundo de la vida. Pensar en la supuesta autonomía de los sujetos sería equivalente a pensar que la esfera de lo técnico es separada del mundo de la vida. Sobre la crítica a esta racionalidad de dominio y al tipo de acción instrumental que determina, Habermas afirma: "La idea de que las relaciones de pro-

ducción pudieran encontrar su instancia crítica en el potencial de las fuerzas productivas queda cercenada por el hecho de que las relaciones de producción existentes se presentan como la forma de organización técnicamente necesaria de una sociedad racionalizada.” (Habermas, 3).

La naturalización de la técnica en la vida cotidiana es una operación ideológica que la determina como neutral a cualquier fin político. En nombre de esta racionalidad se impone una forma de dominio político sobre la naturaleza y los hombres ocultando toda la trama cultural desde la cual emerge y se desarrolla.

El concepto de <función/ funcionalidad> relaciona el modo de ser técnico de la cultura, el poner a <disposición> con los sistemas espaciales y sistemas de objetos. El sistema espacial organiza y provee las condiciones materiales para la configuración perceptual¹, y por ende de las prácticas que en él se realizan. Los sistemas espaciales tienen una correspondencia más o menos turbia con los sistemas sociales, ambos sistemas, espacial y de objetos, determinan una forma unívoca de acción técnica, la

1 · “En términos generales, las sordas conminaciones y los llamados al orden silenciosos de las estructuras del espacio físico apropiado son unas de las mediaciones a través de las cuales las estructuras sociales se convierten progresivamente en estructuras mentales y sistemas de preferencias. Más precisamente, es indudable que la incorporación insensible de las estructuras del orden social se cumple, en buena medida, a través de la experiencia prolongada e indefinidamente repetida de las distancias espaciales en que se afirman determinadas distancias sociales, y también, más concretamente, a través e los desplazamientos y movimientos del cuerpo que estas estructuras sociales convertidas en estructuras espaciales, y con ello naturalizadas, organizan y califican socialmente (...)”

(Bourdieu, 121)

producción y acumulación de reservas de fuerza disponibles más allá de las diversidades culturales que puedan influir en esas configuraciones. El concepto de función y su práctica efectiva en el trabajo disuelve y funde cualquier forma técnica culturalmente diferencial, en tanto se consideren culturas sometidas al proceso de modernización. Para Baudrillard el espacio tradicional pre-moderno se determinaba por valores simbólicos y de uso que se truecan en el espacio moderno burgués por valores organizacionales: “Sustancia y forma de los antiguos muebles quedan definitivamente abandonados por un juego de funciones extremadamente libres. Ya no se da a los objetos un <alma> y ellos ya no lo divierten a uno con su presencia simbólica. La relación es objetiva, es una relación de disposición o arreglo y de juego” (Baudrillard, 19, 20). El espacio moderno suprime el valor psicológico, fenomenológico de la experiencia espacial por un valor táctico/ técnico que dispone a las cosas y al hombre mismo a situarse en esta instalación de posiciones fijas o móviles, a ser funcional, relacional. La función en sí misma es pura disponibilidad hacia un sistema, “En la actualidad, el valor ya no es de apropiación, ni de intimidad, sino de información, de invención, de control, de disponibilidad continua, con mensajes objetivos; está en el cálculo sintagmático, que funda propiamente el discurso del habitante moderno.” (Baudrillard, 24). El espacio moderno pierde todo centro, toda interioridad para convertirse en un vacío abierto que todo lo comunica y se configura en una fuerte idea de conjunto funcional coherente. Nada tiene allí una presencia singular en términos simbólicos, formales o funcionales, todo se remite mutuamente. Es en este sentido que el espacio y los objetos que son un modo

técnico de la cultura se disuelve en lo in-objetual de un mundo sin objetos, sólo se dan procesos de acumulación y transformación de las fuerzas humanas.

El brillo como estética de la <disposición>

Hacer una crítica cultural de la técnica implica situarla en el campo de lo político, en la medida en que la técnica determina una escena de lucha en el mundo de lo cotidiano. "Hoy la dominación se perpetúa y amplía no sólo por medio de la tecnología, sino como tecnología; y esta proporciona la gran legitimación a un poder político expansivo que engulle todos los ámbitos de la cultura. [...] Pues la ausencia de libertad no aparece ni como irracional ni como política, sino más bien, como sometimiento a un aparato técnico que hace más cómoda la vida y eleva la productividad del trabajo," (Habermas, 3, 4). Si la funcionalidad del espacio y los objetos se define por la capacidad adaptativa a un sistema, ésta tiene su correlato en una manera de constituir la forma y la materia. El modo relacional de la técnica moderna no es más que una estética generalizada de las superficies de los objetos técnicos, que simboliza una funcionalidad ideal de los procesos, su modo de poner a <disposición> el espacio, los objetos insertos en él y los cuerpos. La capacidad adaptativa, como propio de lo funcional y del poner a <disposición>, es asegurada por esta forma de mediación estética, cultural. "Es cierto que la cultura ha desempeñado siempre este papel ideológico de apaciguamiento: sublimar las tensiones ligadas al reino de las pulsiones, proveer, más allá de la materialidad y de los conflictos del mundo real, el reconocimiento del ser en una forma. [...] Simplemente, como la realidad a la que refleja y desconoce al mismo tiempo, esta forma, hoy en día, se

sistematiza: a una tecnicidad sistemática corresponde un culturalismo sistemático." (Baudrillard, 51). El <brillo> de las superficies se constituye así como un modo de <remisión> entre una forma y otra. A la forma funcional le corresponde una materia funcional que asegura la adecuación funcional entre formas y trabajos, entre los objetos y los espacios, es decir, su capacidad de transformar, de acumular y de disponer fuerza de trabajo. (La forma) "Fluida, transitiva, envolvente, unifica las apariencias y rebasa hacia un conjunto coherente la discontinuidad angustiosa de los diversos mecanismos. En estos ambientes funcionales, un cierre continuo de líneas (al mismo tiempo que de materias: cromo, esmalte, plástico) restablece la unidad de un mundo cuyo equilibrio y profundidad aseguraba antaño el gesto humano. Vamos de tal manera hacia un absolutismo de la forma." (Baudrillard, 59). El <brillo> como cualidad material envolvente de los objetos y espacios es en sí un modo de mediación cultural que relaciona un conjunto determinado de prácticas en el disponer de lo in-objetual (la disolución del objeto en pos de su fuerza de transformación de energía y de adaptación funcional). Los objetos pulidos y purificados por el <brillo> no sólo disuelven al objeto en lo in-objetual de los procesos sino también facilita la dinámica expansiva e ilimitada de los sistemas técnicos.

A un modo de producción y acumulación de fuerzas propio de los sistemas técnicos en expansión le corresponde un modo visual expansivo a través del reflejo luminoso el cual no llega a permanecer demasiado en ningún objeto, el carácter objetual, corporal y colorístico del mundo se disuelve. El brillo como luz expansiva, <color eterno> que reúne y recompone los colores del espectro producidos

por la refracción del rayo luminoso (el experimento crucial de la óptica Newtoniana).

La forma y la materia funcional se constituyen como un proceso de ocultamiento de cualquier diferenciación cultural, de las “maneras de hacer”, que implicaría formas y materias diferenciadas. El <brillo> tiende a adaptar cualquier diferencial cultural y ocultar los procesos en una estética totalizante de las formas y las materias. Las formas más unidas y solidarias, las superficies suaves y frágiles opacan la aridez y extrañeza de los sistemas mecánicos. El brillo de las superficies, como modo de ausencia del objeto en su reflejo oculta al objeto, su duración y finitud, el objeto es siempre nuevo, al mismo tiempo que manifiesta el propio proceso de <disponibilidad> y <acumulación> en su infinitud, su condición es la falsificación de la corporeidad del propio objeto (la variedad de colores y texturas) así también como su funcionalidad específica (sus mecanismos) para sumergirse en la funcionalidad abstracta y genérica del <disponer>.

Bibliografía

- . Baudrillard, Jean (1969), “El Sistema de los Objetos”, Siglo XXI, México.
- . Brusatin, Manilo (1987), “Historia de los colores”, Paidós, Barcelona.
- . Bourdieu, Pierre (2000), “La miseria del mundo- Efectos del lugar”, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- . De Certeau, Michel (2007), “La invención de lo cotidiano 1- Artes de hacer”, Universidad Iberoamericana, México.
- . Feenberg, Andrew, “La Transformación de la tecnología”, traducción: Javier Blanco y Romina Rei-

sin (2007).

- . Feenberg, Andrew, “Del esencialismo al constructivismo: la filosofía de la tecnología en la encrucijada”, traducción: Agustina Lo Bianco y Ignacio Perrone (2006).
- . Habermas, Jürgen (1986), “Ciencia y técnica como <Ideología>”, Tecnos, Madrid.
- . Heidegger, Martin, “La pregunta por la técnica”, traducción: Oscar Teherán.
- . Tatián, Diego (1997), “Desde la línea- Dimensión política en Heidegger”, Alción, Córdoba.